

GOIÁS, EJEMPLO EXITOSO DE LA ARQUITECTURA VERNÁCULA BRASILEÑA

PERCIVAL TIRAPELI

Instituto de Artes de la Universidad Estatal Paulista - UNESP. Brasil

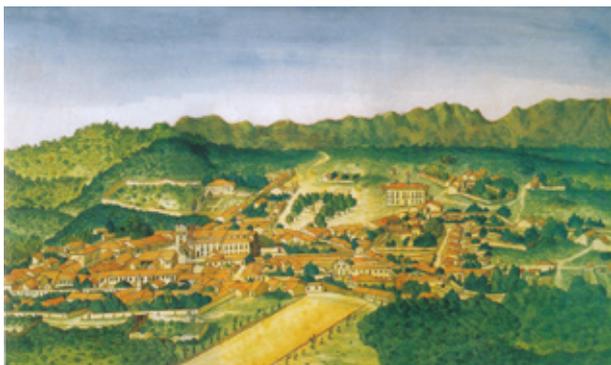
La arquitectura vernácula de la ciudad de Goiás es un ejemplo que se ha mantenido como Patrimonio de la Humanidad desde el inicio del siglo XVIII hasta nuestros días. La ciudad fue fundada por los *bandeirantes* paulistas en 1726, procedentes de las minas de oro de Minas Gerais y que llegaron a la Meseta Central de Brasil, en donde ya en el siglo XX, se construyó la nueva capital del país, Brasilia. Los portugueses llegaron a Brasil en el año 1500, y 54 años más tarde se fundaba la ciudad de *São Paulo do Piratininga*, por iniciativa de los jesuitas y *bandeirantes*. De ahí partieron en busca de las minas de oro y de los indios a los que esclavizar, ocupando de esta manera parte del territorio más allá de lo establecido en el Tratado de Tordesillas (firmado en 1494 y que dividía las tierras suramericanas entre España y Portugal).

La conquista de las tierras brasileñas más lejanas, tierras interminables de la Meseta, de vegetación variada y con una marcada planicie, muestra vestigios humanos cuyo origen se remonta a 36 mil años de antigüedad. En los siglos XVI y XVII, habitaron aquellas tierras jesuitas, *sertanistas* baianos y paraenses que llegaban desde la hoz del Amazonas y se adentraban por el río Araguaia en busca de la Laguna Dorada, llamada *Paraupava* por los indígenas. Aquella localidad mítica en donde se decía que había oro en abundancia, situada en el centro del país.

En la misma época en la que los *bandeirantes* paulistas descubrieron oro en la sierra Dorada y en donde fundaron Vila Boa de Goiás, en homenaje a su fundador Bartolomeu Bueno da Silva, cuyo mote era el Anhanguera, la pequeña ciudad de São Paulo do Piratininga, de donde los *sertanistas* habían salido, contaba ya con casi 200 años de antigüedad,

pero sin embargo aún poseía una arquitectura vernácula, construida en barro. A esta arquitectura se le ha conocido hasta hoy como arquitectura *bandeirantista*. Todavía a finales del siglo XIX, su aspecto con casas en *pau-a-pique* (paredes hechas con listones entrecruzados y barro) era el mismo. Las primeras fotografías de São Paulo, realizadas por Augusto Militão y que datan de 1862, muestran una capital paulista colonial, con un aspecto bastante semejante al de la actual capital goiana. Sin embargo, en la metrópoli de São Paulo de hoy, poco queda de aquellas construcciones –cuatro ejemplos de casas de las haciendas de Butantã, Caxingui, Tatuapé y Jabaquara, y el Refugio de Luz. Ruinas de tapias del antiguo colegio jesuita, en el centro, y, hacia el oeste, en la cima del Jaraguá. Todavía en la zona central, encontramos gran parte del conjunto franciscano de 1647, además de las tapias emparedadas como en la casa de la Marquesa de Santos, la favorita del Emperador D. Pedro I.

Por todo esto, no es ninguna osadía compararle la humilde capital paulista de finales del siglo XIX a la actual ciudad de Goiás. La antigua capital goiana se conserva totalmente, mientras que la paulista se presenta como un ejemplo del desarrollo que ha acabado asolando los testimonios de una historia pasada, vulnerable y frágil como las casas de estructura de madera y listones atados con enredaderas y barro. Los paulistas acabaron perdiendo la ciudad construida en *pau-a-pique* por los desbravadores portugueses, llamados *bandeirantes*. Poco queda de la ciudad de ladrillo construida más tarde por los inmigrantes italianos a principios del siglo XX. Además, los edificios eclécticos y modernos de los años 30 dan paso a los inteligentes edificios postmodernos.



Ciudad de Goiás, 1803
Dibujo de Joaquim Cardoso Xavier.

Otro destino le esperaba a Goiás. Fue capital estatal hasta 1937, momento en que se construyó Goiânia, la nueva capital. Otros ejemplos se dan en Brasil, como la preservación de Ouro Preto, una verdadera joya barroca del periodo minero, que perteneció a Minas Gerais hasta finales del siglo XIX; Olinda, que ha dejado de ser la principal ciudad de Pernambuco, incluso en el siglo XVII; parte del centro histórico de Salvador de Bahía, el ejemplo del Pelourinho en la antigua capital de la colonia. Al igual que São Paulo, menos suerte ha tenido la ciudad de Rio de Janeiro, capital colonial, imperial y republicana, que ha conservado pocos ejemplos de su arquitectura colonial e imperial.

La comparación entre las dos capitales, São Paulo colonial y la ciudad de Goiás, a través de fotografías, se debe aquí al hecho de que la difusión de la técnica constructiva paulista se conoció en todo Brasil como una huella de la constitución del *camino de los bandeirantes*. La muralla de Serra do Mar, con la frondosa Mata Atlântica, dificultó la conquista del interior, sin embargo, los bandeirantes ocuparon el área interior de Brasil, instalándose en sabanas, verdaderas islas de la región de la altiplanicie, partiendo desde la misma ciudad de São Paulo. Aprovecharon los ecosistemas de la Mata Atlântica y de las sabanas de la planicie. En sus orillas se fundaron áreas coloniales aprovechando el cauce de los ríos que se adentraban en el país, bien conocidos por los indígenas, como el río Tietê, por donde navegaban hasta los claros de los bosques, ya en Goiás, saliendo a los manantiales del río Tocantins.

A lo largo de los caminos de la planicie se han encontrado hasta la actualidad testimonios arquitectónicos hechos en barro. Según Lúcio Costa, arquitecto que proyectó Brasíli: “Allí donde había buen barro, y fuese difícil la obtención de piedra y cal, se recurría a la tapia de mortero. En São Paulo, por

ejemplo, fuera de la costa. Estas estructuras, en que las paredes se forman con sucesivas capas de barro apisonado, se distinguen de las de albañilería de piedra, por los contornos menos definidos y precisos y por su aspecto machacado... es una solución peculiar a las construcciones de tierra machacada, aunque también era empleada en las de albañilería de piedra, cuando el encuadramiento de los vanos no podía ser de mampostería”.

La implantación de la ciudad de São Paulo seguía la línea de pensamiento de la conquista del interior, utilizando los caminos indígenas por ríos y montañas. La instalación de órdenes religiosas en los poblados se permitió en el siglo XVI, pero se prohibiría más tarde, en el siglo XVIII. Murilo Marx opina de esta manera sobre la implantación de la primera ciudad en la planicie paulista:

“Vale la pena considerar la situación pionera y privilegiada de São Paulo de Piratininga en el límite del campo y de la altiplanicie, su peculiar localización, su tejido urbano delimitado, sobretudo, por sus casas religiosas. Su colegio, su monasterio y sus conventos antecedieron, paulatinamente y como punto de referencia, a las capillas filiales y a la propia matriz; se anticiparon a la villa colonial, a la ciudad y a la metrópoli contemporánea, cuyo núcleo en transformación permanente continúan marcando.

Hay ciertos trazos interesantes en el tramo sur de la entonces incipiente red urbana brasileña, ahora ocupada por parte del estado de São Paulo. Las órdenes religiosas se encontraban en la costa y la altiplanicie. Fue importante para la arquitectura, y quizás para el urbanismo, la dicotomía entre los núcleos litorales y los de la sierra en la antigua capitania de San Vicente. Las casas religiosas formaban parte de los asentamientos humanos más variados, principalmente en lo que se refiere a su finalidad, lo que otorga aún más prestigio a los análisis comparativos. En los alrededores de la ciudad paulista, las clausuras se distribuían de forma armoniosa, y, actualmente, todas ellas o sus vestigios urbanísticos, van camino de integrarse en un mismo y enorme campo urbano en avasalladora formación” (Marx, Murilo, 2002, p. 20).

Las construcciones paulistas definitivas eran de tapia de mortero o de piedra y cal, según las necesidades y preferencias de los recursos con los que se contaba. Ambas técnicas eran empleadas de forma simultánea. Estas técnicas difundidas por todo el interior brasileño son, sin duda, soluciones seculares de los colonizadores ibéricos, que a lo largo de los siglos se fueron adaptando a las técnicas constructivas mediterráneas, árabes y posteriormente indígenas en las Américas, con la utilización de mano

de obra esclava negra. La proximidad de las tierras paulistas con las de la Corona Española, e incluso la unión de los dos reinos en los años de 1580 a 1640, aportaron mucho en materia de intercambio de técnicas constructivas en aquellos parajes, actualmente húmedos o secos, con escasez de piedra o cal y abundancia de madera y arcilla. En la altiplanicie peruana la realidad era otra, con construcciones hechas de piedras que se aprovechaban de las construcciones incas, como el ejemplo de la ciudad de Cuzco, o de origen volcánico, como en Arequipa. No hay que olvidar, que parafraseando la carta de Pero Vaz de Caminha al rey en el momento del Descubrimiento, en Brasil -también en términos arquitectónicos- todo estaba por hacer, situación que, como es natural, se mantuvo durante bastante tiempo. En el momento de la fundación de Salvador, la capital colonial de Bahía, en 1549, el rey D. João III recomendaba que el entonces gobernador general Tomé de Sousa construyese una muralla de piedra y cal. Si esto no fuera posible, se construiría en barro. En el mismo documento, se propone que solamente se construya una empalizada de madera para la defensa de Salvador.

La conquista española se había fundamentado en la explotación de las minas de oro y plata, anteriormente explotadas por los incas. Las ciudades eran implantadas en los caminos del trasvase y explotación de la riqueza existente. Dominando una región, las ciudades tenían forma definitiva con las construcciones en piedra alrededor de la Plaza de Armas. Ya en la Cuenca del Plata, en la región de las Misiones Jesuíticas, con las que los paulistas tuvieron contacto, la situación era diferente: tenían que adaptar a los indígenas de cultura nómada a la nueva realidad de las ciudades con las calles rectilíneas de las reducciones.

Es importante señalar que la civilización portuguesa no estaba interesada en la construcción de grandes ciudades en determinadas regiones. Querían encontrar las minas de metales y, en consonancia con el pensamiento de conquista territorial, utilizaron el sistema de construcción de un gran número de pequeñas ciudades coloniales que ampliarían el territorio portugués. Muchas de esas localidades sobrevivieron, como Pirenópolis, Luziânia, Niquelândia; otras casi desaparecieron, como Ferreiro, muy cerca de la ciudad de Goiás.

Buscar en estas villas y ciudades los primeros vestigios de aquellos momentos de la implantación de los límites de las venas auríferas era tarea difícil, pero no imposible, pues aún podemos encontrar piedras amontonadas que forman líneas divisorias

de los lugares establecidos. Las primeras barracas, mezcla de cabañas indígenas que utilizaban madera, más duradera, y cubiertas de paja, muchas veces son ejemplos rehechos. Las pequeñas casas alineadas hacia la calle con terrazas profundas, que dan a las aguas del río Vermelho de donde se extrajo el oro, aún muestran vestigios visibles, presentando una arquitectura vernácula sorprendentemente presente. Se añadieron soluciones propias, de acuerdo con los materiales disponibles, y urbanísticas, como la delimitación de las plazas en forma triangular. En un sentido más amplio, se trataría de intenciones políticas de ocupación de la región central de Brasil. El resultado es una ciudad extremadamente agradable y llena de vida, de gran calidad humana y autenticidad estética.

Centro Histórico de la ciudad de Goiás: arquitectura vernácula preservada

La ciudad de Goiás es el testimonio vivo de la ocupación y la colonización de las tierras de Brasil central en los siglos XVII y XIX. La trama urbana es un ejemplo del desarrollo orgánico de una ciudad que vive de la minería, adaptada a las condiciones del lugar ribereño en las faldas de la montaña. Aunque modesta, la arquitectura, ya sea pública o civil, conforma un conjunto armonioso, gracias al uso coherente de materiales autóctonos y técnicas vernáculas.

Se trata de un excepcional testimonio del modo en que exploradores y fundadores de ciudades portuguesas y brasileñas, separadas de los principales centros urbanos, adaptaron modelos portugueses, arquitectónicos y urbanos a las difíciles condiciones de la región tropical, tomando prestadas de las culturas nativas, las técnicas del uso de materiales locales.

Goiás es tal vez el último ejemplo de la ocupación bandeirantista de Brasil central llevada a cabo en los siglos XVIII y XIX, y el hecho de estar separada geográficamente de otros centros como las ciudades históricas de Minas Gerais, la hizo mantenerse única.

Se trata de un grupo de construcciones, constituido básicamente por una arquitectura austera caracterizada por el uso de técnicas vernáculas -de adobe, tapia y *pau-a-pique*- que se han mantenido a lo largo de los tiempos, dando a la ciudad una armonía particular de edificaciones de pavimento único, a excepción de la Casa de la Cámara y la Cárcel.

No obstante, no solo el urbanismo y la arquitectura vernácula constituyen la importancia de esta ciudad, Patrimonio de la Humanidad. La geógrafa



Vista general de la ciudad de Goiás.

norteamericana Roberta Marx Delson plantea que la conquista del interior brasileño formó parte de un intento de “ingeniería social” que controlaría la distribución de las tierras, los hallazgos de las minas de oro y la implantación del orden y la ley en aquellas tierras amenazadas por los intereses españoles.

La implantación de las nuevas villas coincidía muchas veces con lugares de comunidades indígenas o puntos abandonados por los bandeirantes. Los nuevos pobladores se adaptaban rápidamente a los métodos indígenas o vernáculos para las nuevas construcciones. La estudiosa señala que en la región amazónica, a menudo se utilizaban las divisiones, en lugar de paredes, y las casas no tenían buhardillas. Al mismo tiempo, tenían tejados muy altos, en un intento de crear una mayor circulación del aire como en las *malocas* indígenas, cosa que no ocurría en las casas rurales portuguesas. Continúa diciendo la geógrafa norteamericana que: *a idéia portuguesa era criar uma nova sociedade camponesa no interior, no sertão, onde moravam os habitantes em comunidades lineares, e uniformes, e onde nenhuma casa (ou família) se destacara. E essas regras eram aplicadas a toda gente, não importando sua etnicidade ou raça. Havia comunidades só para a gente indígena, certo, mas também havia comunidades onde os indígenas moravam com a gente branca ou miscigenada. Claro que a inspiração, as raízes arquitetônicas daquelas comunidades eram européias. Ao mesmo tempo, visto a incorporação da técnica indígena, e com a aplicação da “fórmula” a toda gente, podemos falar de uma criação completamente única.*

En el caso de la Altiplanicie Central en Goiás, la conquista se produjo a partir de pequeños núcleos que formaron un rosario de pequeñas villas. Así, se intensificaron las embestidas bandeirantes,

principalmente paulistas, en territorio goiano, que culminarían con el hallazgo y la apropiación de las minas de oro de los indios goiases; y Bartolomeu Bueno da Silva fundó en 1726, el Arraial de Sant’Anna. El arraial nació a lo largo del curso del Rio Vermelho, donde se encontraba el oro. Poco a poco se amplió por el camino que venía desde São Paulo rumbo a la villa de Cuiabá, en Mato Grosso. El río divide la población y las construcciones mantienen igualmente las sinuosidades naturales del río y del camino. Como ya ocurriera en Ouro Preto y otras villas de garimpo, las primeras construcciones eran muy precarias, cubiertas de paja y posteriormente construidas con *pau-a-pique* y tejas.

Algunas décadas después de su fundación en 1726, el gobernador Luís da Cunha Menezes (1778 a 1783) llevó a cabo la alineación de las calles y estableció el primer plan de ordenación urbana y arbolado. Se trataba de un intento de crear una nueva sociedad en el interior y para esto recurría a reglas generales de uniformidad en donde las casas no se destacasen y todo el mundo se sintiese al mismo nivel, sin importar su etnia o raza. Incluso con raíces arquitectónicas europeas de los bandeirantes ya adaptadas a los territorios interiores paulistas, que se extendían desde la Cuenca del Plata hasta Bahía, los habitantes indígenas mezclados con los blancos, incorporaban las técnicas constructivas. A aquellas fórmulas aplicadas a todo el mundo se podría decir que es una creación vernácula y única. Además de estas consideraciones, se puede pensar incluso en un intento sincero de formar una sociedad puramente brasileña en los territorios conquistados del interior.

Con el agotamiento del oro, a finales del siglo XVIII, Vila Boa vio reducida su población y necesitó reorientar sus actividades económicas hacia el sector agropecuario. Sin embargo, el gran cambio, del que ya se venía hablando hacía mucho tiempo, fue la transferencia de la capital estatal a Goiânia, en los años 30 y 40 en el siglo XX. En cierta forma, fue esa decisión la que hizo que se mantuviese la singular y exclusiva arquitectura colonial de la ciudad de Goiás.

Vila Boa de Goiás: urbanismo y vida

La pequeña villa nació de las instalaciones de los ranchos en las primeras tierras sembradas junto al puente del Rosário donde se encuentra actualmente la casa de Cora Coralina. Los bloques urbanos se definieron por los patios que rodeaban el río y alrededor de las iglesias del Rosário y de Santana, en la margen

izquierda del río. En 1735 el conde D'Alva fue el encargado de instalar la comarca de Vila Boa de Goiás con orientaciones expresas, en carta regia de 1736, para que se estableciese una villa en las minas de Goiás y que allí se transfiriese la población en el momento en que estuviesen demarcadas las áreas de sus principales edificios e instalada la picota.

Paulo Beltran, en *Cidade de Goiás Patrimônio da Humanidade*, describe así la génesis de la Ciudad de Goiás:

“à vista da genealogia histórica das antigas capitais brasileiras é o mais perfeito exemplar hoje existente de uma linhagem, de uma morfologia urbana e cultural que vem escapando às classificações: cidade antiga dos sertões do Cerrado. Simples, heterogênea. Simples, heterogênea, intimista, despojada. Mimética, como a savana envolvente. ... Erguem as casas, a capela, por sobre a cascalheira já despojada das folhetas finíssimas, às vezes do granete dourado.... Sempre houve dúvidas quanto ao primeiro arraial montado em torno a um ou outro destes garimpos, o que é irrelevante em verdade, pois todos tiveram suas provisórias rancharias de palha mais ou menos concomitantes –tornados arraisais ou mais populosos–, em função da densidade das lavras vizinhas. Além disso, o que em verdade diferencia a crava decisão de permanência do acampamento de palha é a capela... A decisão de permanecer nas minas decrescentes leva a substituir a palhoça garimpeira pela casinhola de pau-a-pique, tapada com barro vagabundo escavado ali mesmo, esteiada com cernes curtos. Da mata residual sobrando nos terrenos da mineração, não não existem árvores mais altas das beiras dos córregos e tão só paus linheiros nas capoeiras....E há uma razão maior para o minerador não ter melhor moradia: porque deslocar o escravo útil da lavra para fazer-lhe um palácio de barro?...O primeiro grande teste construtivo, baseado na mesologia e aptidões dos materiais do Cerrado, muito provavelmente foi a Matriz de Santana da recém-criada Vila Boa de Goiás. Baseada em planta estrangeira –e de vãos impossíveis para os singelos materiais construtivos da savana brasileira, e erguida por artífices caros e incultos– a Matriz de Goiás, sede de bispado, ruirá três vezes ao longo de dois séculos. Será o paradigma dos limites da arquitetura do cerrado, carente de boas pedras de cantaria, carente de madeiras retas e leves –a não ser a moreira escassa os ipes e as aroiras das Matas Grossas– carente de mestres de obras, dos quais os melhores se ocupam com as complexidades das instalações nas novas sociedades de mineradores... Mas o arraial crescia. Os ranchos de palha substituíam-se por pequeninas casas de barro telhadas, como se as vê, residuais, nos desenhos de Burchell em 1828. Tomava forma a Capital dos Goiases (BELTRAN, 2002, pp.38-40)



Calle del Carmen - Goiás 1736.

Así fueron los primeros días de aquella pequeña población. En 1736 D. Luis Mascarenhas asume el gobierno de la nueva provincia de Goiás y propone instalar la capital en la población de Santana. Se sigue la línea de pensamiento de la expansión cultural lusa de ofrecer las condiciones de vida en un lugar con calles anchas y rectilíneas con uniformes y homogéneas fachadas. Incluso cuando las instrucciones tardaban en ser ejecutadas, pues solamente en 1770, Luís da Cunha Menezes (gobernador entre 1778 y 1783) ordenó una nueva alineación de las calles “para que fuese para el bien de las personas” y este sistema era practicado en Europa. Quedan claros los objetivos portugueses en el sentido de ordenar, no sólo un único sistema urbano a ejemplo de los españoles, sino una planificación que posibilite por encima de todo una conducta civil decente. Cambiaron los tiempos, pero las nuevas capitales, Goiânia y también Brasília, no nacieron de un sistema rígido de trazado hipodámico –cuadrado– sino, bien al contrario, con curvas y transversales a pesar de que sus terrenos eran más planos que los de la antigua capital.

Las primeras calles surgen como contrapartida a los barrizales de la minería, con calles, casas y capillas precarias. Después de la ocupación espontánea, se continuó con la estructuración organizada desde la implantación de la iglesia de Santana a un lado del río y de la iglesia del Rosário en el lado opuesto, ambas en suave elevación. Alrededor de la iglesia matriz se instalaron los hombres blancos más afortunados y en la plaza del Rosário, los negros, mestizos y los más pobres. De esta manera, la trama urbana viene determinada por tres calles que serían la continuación de las carreteras que unen São Paulo con Cuiabá, extendiéndose desde la plaza de la iglesia y cruzando el puente desde la iglesia del

Rosário. En la plaza formada por las confluencias de las calles Candaúba y Nova, en las que habitaba la población constituida en su mayoría por negros libertos y mestizos, las casas son de apariencia muy simple, encaladas de blanco y con colores más intensos en los encuadres de los huecos. De ese lado del río encontramos las iglesias de la Abadía y del Carmo, posicionadas en la alineación de las calles; se destaca especialmente la iglesia de Santa Bárbara en la colina, en donde existen calles arboladas y escalinatas para llegar a la construcción. La configuración triangular ayuda a destacar el templo y apunta hacia la calle de los Mercadores en dirección al puente que lleva a la plaza de la iglesia matriz.

Las plazas de la iglesia de Santana y del palacio del Gobierno aparecen unidas, quedando al fondo la iglesia de la Boa Morte. La inmensa plaza de la Fuente de la Boa Morte alberga el poder civil, con la Casa de la Cámara y Cárcel, ésta última con un bajo índice de ocupación durante décadas, mientras que alrededor de las iglesias la concentración aumentaba. Varios edificios privados se adaptaron para desempeñar funciones públicas durante varios gobiernos, todavía bajo el mando paulista. Marcos Noronha construyó entre otros edificios, la Casa de Fundação en 1750, y el Palacio que llevaría su nombre (Conde dos Arcos), en 1751.

Después de 1770, tres gobernadores estuvieron al frente de la ciudad, siendo el último de ellos, João Manoel Melo, que construyó el actual edificio de la Casa de la Cámara y Cárcel, lo que exigió una mayor inversión en mano de obra y tecnología...

Con el nuevo gobernador, Manoel de Melo, se construyeron la Casa de Cámara y Cárcel y la iglesia de São Francisco de Paula. Algunas décadas más tarde, el gobernador Luís da Cunha Menezes implementa importantes marcos, introduciendo el arbolado de la villa, la alineación de calles y estableciendo el primer plan de ordenación urbana que delineó la estructura mantenida hasta hoy. Los principales monumentos religiosos fueron erigidos a finales del siglo XVIII: las iglesias del Carmo en 1786, de la Abadía en 1790 y de la Lapa cuatro años después. Todos poseen una gran singularidad, destacando la posición privilegiada de la iglesia de la Boa Morte, que se puede ver casi en su totalidad, lo que le da una gran solemnidad. Para el gobernador, la regularidad de las calles sería la base para la regularidad del comportamiento de los habitantes. En su entusiasmo por la proyección de futuro, incluso con el desencanto debido a la progresión de las minas de oro ya agotadas, el gobernador previó un crecimiento de la ciudad, delimitando nuevas calles y mejorando la

perspectiva de las ya existentes, proponiendo reformas y reconstrucciones (Coelho, 2001, p. 183).

También se debe destacar la Plaza del Mercado por su posición sobre la elevación, rodeada por la Casa del Obispo y la Iglesia de San Francisco de Paula, ambas sobre partes de unas rocas en la curva del Río Vermelho. Constituye un escenario urbanístico sin par y simbólico y aprovechado para las ceremonias religiosas de Semana Santa, cuando se realiza la procesión del Fogaréu. El mercado presenta una disposición longitudinal que lo lleva hasta las márgenes del río, que por el hecho de estar obstruido en aquel lugar por las construcciones en su margen, produjo una violenta inundación que causó grandes daños en la ciudad en el momento en que recibía su título de la UNESCO, en diciembre de 2001. Un año después, gracias al empeño puesto por la comunidad, por ciudadanos ilustres y por el ICOMOS, la ciudad retomó el aspecto que le había hecho digna de tal distinción.

Arquitectura vernácula

La arquitectura residencial implantada en la ciudad es, por lo general, de casas de planta baja, siendo raras las de dos plantas, con fachadas sin mucha variedad, sumando un total de 485 inmuebles en la zona de conservación. En el interior, las habitaciones se organizan a lo largo de pasillos laterales o longitudinales centrales. Los amplios patios de las casas hacen posible que las estancias sean de mayores dimensiones, pero por lo general las de la parte frontal son las destinadas a la convivencia, las del medio a zonas de intimidad y las del fondo para el servicio.

Las fachadas se perfilan sin separación entre ellas con una linealidad rara en las ciudades coloniales. Las anchas calles con pavimento de piedra, a veces ceden su lugar a calles menores o incluso a callejones sin salida, que sirven de fondo a los patios de las casas. Desde el punto de vista de la ocupación del espacio urbano, estos callejones son la negación del espacio público y una solución creativa para la creación de un espacio particular, consecuencia de la ocupación del suelo y de las actividades cotidianas.

Los edificios públicos y religiosos quedan dispuestos en las tres plazas principales. La más antigua quizás, la del Rosário, presenta una densa volumetría de edificios habitacionales en la que destaca su iglesia neogótica. Pasando por el puente al lado del cual se encuentra la casa de la poetisa Cora Coralina, la calle se convierte en un embudo y se amplía, permitiendo la contemplación de la otra

margen del río Vermelho. Pasando por la Cruz de Anhanguera, la calle Derecha se amplía y el grupo de casas se muestra más elaborado hasta llegar a la Plaza de la Iglesia Matriz, también con forma triangular e irregular, que alberga además de la catedral en uno de sus lados, el palacio del Conde dos Arcos y, más arriba, la iglesia de la Boa Morte, ambos edificios ya en la Plaza del Palacio. Por todas partes se aprecian las modificaciones y adaptaciones por las que pasaron los edificios, empezando por la inmensa masa arquitectónica de la catedral que lleva la marca, en un color más claro, de la configuración de la antigua iglesia construida por Manoel Antunes Fonseca en 1743. El palacio del Conde dos Arcos, antigua sede del gobierno y actual museo, es una adaptación de cuatro residencias con diversas técnicas constructivas desde la *taipa-de-pilão* hasta la terracota. Una serie de compartimientos se suceden mezclando el ala administrativa, social y privada, presentando al fondo un inmenso balcón y jardín. En el pavimento encontramos un tablado corrido, losas de piedra e incluso ladrillos de terracota, llamados *mezanela*. La fachada neoclásica evidencia las últimas reformas al gusto imperial, que oculta los tejados coloniales con una *platibanda*.

En la plaza, la iglesia de la Irmandade dos Homens Pardos con culto a Nossa Senhora da Boa Morte, alberga el Museo de Arte Religioso con obras del importante escultor Veiga Valle, ya en el siglo XVIII. Su fachada está muy elaborada y presenta un frontón al gusto barroco, con volutas truncadas y pináculos, conteniendo en el centro líneas rococó más graciosas. Se terminó de construir en 1779. Sin torres, las campanas se alojan en un campanario externo hecho de lentiscos cubiertos con teja de canal, como hacían los bandeirantes paulistas. En el interior la sorpresa la encontramos en su planta octogonal irregular, a ejemplo de las iglesias del Outeiro da Glória en Rio de Janeiro, de la Luz de São Paulo y del Pilar de Taubaté en suelo paulista. La iglesia del Carmo, en la calle homónima, es más compleja y bien elaborada en su interior. La planta es un octógono regular, los arcos que sostienen el coro son trilobulados y una sucesión de salas rodea el edificio.

Desde la iglesia de la Boa Morte se bifurcan las calles del Horto y de la Fundação, siendo esta última la que conduce a la plaza de la Fuente, lugar que albergaba la pequeña capilla de la Boa Morte. Uno de los vértices de la inmensa plaza es donde destacan La Fuente de Cauda da Boa Morte, de 1778, y la Casa de la Cámara y Cárcel, de 1771. En las calles laterales el grupo de casas aparece de forma discreta y escondido por los árboles, dejando entrever el Cuartel

del XX Batallón de Infantería de 1747, alojamiento militar, rehabilitado para viviendas alquiladas, que constituye el edificio oficial goiano más antiguo. La Fuente, en el lado izquierdo de la plaza, se abastecía del agua del arroyo Chapéu de Padre. Dispuesto en cuatro cuerpos, con caños externos para los animales, debe su belleza a los engalanamientos rococó de los muros y del frontón. En la parte alta, a la derecha, la Casa de la Cámara y Cárcel, cuyo proyecto siguió el trazado lisboeta, es el edificio de mayor monumentalidad de la antigua capital y alberga el Museu das Bandeiras. La gran fachada manierista aparece serena, destacando la composición central con puerta, dos ventanas y el torreón con una campana. Los laterales son simétricos con tres ventanas con guarda-cuerpo de balaustre torneado en el piso superior y en el inferior, y ventanas enrejadas de las calabozos de los prisioneros (Coelho, 2001, pp. 27-43).

Conclusiones

El hecho de poder participar en este prestigioso congreso y de mostrar las imágenes de la ciudad de Goiás como ejemplo bien sucedido de conservación de la arquitectura vernácula tiene muchos puntos positivos. En primer lugar, el hecho de poner como ejemplo una ciudad colonial limítrofe entre tierras portuguesas y españolas, ciudad ésta que nació de una desobediencia a las determinaciones papales, pero que aquí, vivida por aquellos desbravadores, se alteraron las reglas frente a los ideales de conquistas territoriales; convivencias entre diversas razas de los pueblos ibéricos acostumbrados a las condiciones de dominantes y dominados y supervivencia en condiciones adversas geológicas y climáticas que posibilitaron la formulación de medios de vida, abrigo y amistad.

En aquella nueva realidad social de encuentros culturales, aquellos pueblos pudieron construir un patrimonio considerado un hecho que se acerca a las epopeyas. Podrían ser solamente fotografías amarillentas de un tiempo y espacios perdidos, como ocurrieron en la capital paulista, no fuesen estas pequeñas casas que se escoran en la historia de los supervivientes, analfabetos sin el culto a la autoría y afectos a los estándares técnicos. Lejos de una estética que se transformase en calidad, la funcionalidad es la que llama primero a la puerta de esta arquitectura predestinada a la desaparición, seducida por el progreso.

Goiás continúa siendo tranquila, donde la vida corre junto a un tiempo silencioso en los pequeños espacios de vida y en los jardines de las casas que se entrelazan, dispensando a veces la propia calle

como vía de acceso. En este lugar donde los pueblos ibéricos buscaron la Laguna Dorada, los silvícolas ya vivían hace miles de años, las sabanas, la planicie, ya sea en el corazón de Brasil, en la Altiplanicie Central, donde se implantó nuestra capital Brasília que constituyó el segundo momento de población de aquellas tierras interminables.

Bibliografía

- BERTRAN, Paulo e FACHINI, Rui. *Cidade de Goiás. Patrimônio da Humanidade. Origens*. Brasília e São Paulo: Verano e Takano, 2002.
- COELHO, Neiva Gustavo. *Guia dos Bens Imóveis Tombados em Goiás. Volume I, Vila Boa*. Goiânia: Trilhar Urbana, 2001.
- COELHO, Neiva Gustavo. *O Espaço Urbano na Vila Boa*. Goiânia: Editora da Universidade Católica de Goiás (UCG), 2001.
- COSTA, Lucio. *A Arquitetura dos Jesuítas no Brasil*. Revista do Serviço do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional. 60 anos. A Revista. Rio de Janeiro: IPHAN, Ministério da Educação e Cultura, 1997.
- DELSON, Roberta Marx *Novas Vilas para o Brasil-Colônia. Planejamento Espacial e Social no sec XVIII*. Roberta Marx Delson. Brasília: Edições Alva, Ciord, 1979. (Dep de Geografia Universidade de Syracuse, NY, 1979)
- FERREIRA, Tito Livio. A nacionalidade lusobrasileira, rreira, O Estado de São Paulo, pg 82, 18/1/1970.
- MADEIRA, Fernando e SAAD, Salma Wares et alli. *Proposta de Inscrição da Cidade de Goiás na Lista do Patrimônio da Humanidade*. Goiânia: IPHAN e Fundação Cultural Pedro Ludovico Teixeira, UNESCO, 1999.
- MURILLO, Marx. *Urbanismo – Timbres na Boca do Sertão*. In Igrejas Paulistas – Barroco e Rococó, autor Percival TIRAPELI. São Paulo: Editora da Unesp/ Imprensa Oficial do Estado de São Paulo, 2003.
- SAMPAIO, Suzanna do Amaral Cruz. *Proposal for the Inscription of the City of Goiás on the World Heritage List – IPHAN*, 2000.
- FERREIRA, Tito Livio. *A nacionalidade lusobrasileira*. Jornal *O Estado de São Paulo*, pg 82, 18/1/1970.
- TIRAPELI, Percival. *Patrimônios da Humanidade no Brasil/ World Heritage in Brazil*. São Paulo: Metáforas, 2004.
- Apoio** – Fundación para el Desarrollo de la UNESP. Instituto de Artes de la Universidad Estatal Paulista - UNESP.